

CUARTO DÍA EJE TEMÁTICO: AMOR

“Todo por amor a Dios y como Él lo quiere”

DIMENSIÓN FORMATIVA

“Amor que construye familia en el carisma”. En este último día de la peregrinación, la dimensión formativa nos conduce a comprender el fruto más profundo de la Eucaristía: el amor que transforma la vida y genera relaciones nuevas. No se trata solo de un conocimiento más, sino de una toma de conciencia que ilumina todo el camino recorrido.

Después de haber contemplado a Jesús, de haber experimentado su amor que sana y de haber aprendido a confiar en su presencia, hoy descubrimos que la Eucaristía no termina en la adoración, sino que se prolonga en la vida, creando comunión, reconciliación y fraternidad.

En el horizonte de los 100 años de la Adoración Eucarística Perpetua, entendemos que permanecer ante el Señor ha sido una escuela que ha formado corazones capaces de amar de una manera nueva. La adoración ha ido transformando la manera de relacionarnos, ayudándonos a pasar de relaciones marcadas por el interés o la distancia, a vínculos más auténticos, solidarios y fraternos.

Así, esta dimensión formativa busca ayudarnos a descubrir que la Eucaristía es fuente de una verdadera **familia en el carisma**, donde el amor no es una idea, sino una forma concreta de vivir.

CATEQUESIS: EUCARISTÍA, GENERADORA DE NUEVAS RELACIONES

Indicaciones Generales:

1. Metodología catequética participativa
2. Duración sugerida: 40–50 minutos
3. Eje pedagógico: Disposición - Signo – Escucha – Contemplación – Confrontación - Compromiso

1. DISPONER EL CORAZÓN

Hermanos y hermanas, A lo largo de este camino hemos contemplado el proceso del trigo: primero como semilla, luego creciendo en medio de la realidad y finalmente transformado en pan. Este proceso no solo describe la Eucaristía, sino también nuestra vida. Hoy comprendemos que ese pan no se guarda, se comparte. Y al compartirse, genera algo nuevo: comunión. La Eucaristía no solo nos une con Cristo, sino que transforma nuestras relaciones, nos enseña a vivir como hermanos y nos impulsa a construir comunidad. Este es el paso decisivo: **pasar de una fe vivida de manera individual a una fe que crea vínculos, que construye unidad y que se convierte en amor concreto**. ¡Bienvenidos!

2. ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu de Dios,
transforma nuestros corazones para que la Eucaristía
nos enseñe a crear relaciones nuevas y sinceras;
nos impulse a construir puentes de paz y reconciliación.
Ven, Espíritu Santo, y haz de la Eucaristía el centro de nuestras vidas,
que al alimentarnos de Cristo sepamos servir y amar sin egoísmo.
Espíritu Santo, renueva nuestras relaciones heridas
y haz que la Eucaristía sea fuente de reconciliación;
Espíritu de Vida enséñanos a ver en cada hermano el rostro de Cristo,
que la Eucaristía nos transforme en comunidad viva, solidaria y misionera.
Amén.

(Se guarda un breve silencio).

3. DESPERTAR EL ASOMBRO

Indicaciones:

1. *Motivación narrativa: Un lector proclama el texto lentamente mientras en pantalla se presenta un grano de trigo.*
2. *Se puede acompañar la imagen y la narración con música suave de fondo.*
3. *Dinámica visual: El animador muestra el signo del grano de trigo.*



Ilustración: Hna. María Cristina Cano Rendón. Mejorado por la IA

Animador: El signo del trigo convertido en pan compartido nos ayuda a comprender que la vida alcanza su plenitud cuando se entrega. Así como el pan no tiene sentido si no es compartido, la Eucaristía no se entiende plenamente si no se traduce en relaciones nuevas, más humanas y más evangélicas.

4. ESCUCHAR LA PALABRA

Comentario:

Este Evangelio nos introduce en el misterio más profundo de la Eucaristía: la comunión. No se trata solo de recibir a Cristo, sino de permanecer en Él. Y esa permanencia transforma el corazón. Quien vive unido a Cristo comienza a mirar distinto, a sentir distinto y a relacionarse de otra manera. Poco a poco, la dureza se suaviza, la distancia se acorta, el perdón se hace posible y la comunión comienza a crecer.

Así, la Eucaristía no es un acto aislado, sino una fuerza que transforma la vida y genera nuevas relaciones basadas en el amor.

Escuchemos con atención el Evangelio según San Juan 6,56

«El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.»

Palabra del Señor
Gloria a Ti, Señor Jesús.

(Se guarda un breve silencio).

Meditación:

Jesús simplemente ofreció Pan.

Al caer la tarde, Jesús se quedó en medio de la gente. No levantó la voz. Simplemente ofreció Pan. Un Pan sencillo, partido con amor, como si en ese gesto quisiera decirlo todo. Quien se acercaba, traía consigo su historia: niños ilusionados, juventud inquieta, adultos cansados, búsquedas, heridas, esperanzas de todos...

Jesús habló de permanecer. No como quien se queda quieto, sino como quien habita. Dijo que quien come de este Pan ya no camina solo, porque Él entra en la vida como luz suave, como fuego que no quema, como presencia que une. Alrededor de ese Pan, los rostros fueron cambiando. Las distancias se acortaron. Las miradas dejaron de ser duras. En el silencio, nacieron lazos nuevos: el perdón encontró camino, la escucha se volvió posible, la diferencia dejó de separar a unos de otros.

El Pan seguía siendo pequeño, pero su fuerza era inmensa. Iba sembrando comunión, haciendo de muchos uno solo. Quien se dejaba alimentar comenzaba a amar distinto, a relacionarse con más verdad, a cuidar al otro como don.

Eso mismo pasa en la Eucaristía, se va transformando el corazón poco a poco. Enseña a escuchar con respeto, a perdonar con paciencia, a compartir con generosidad y a construir relaciones nuevas, más auténticas y solidarias. Al recibir a Jesús, algo cambia dentro de nosotros: nace el deseo de cuidar al otro, de valorar la diferencia y de fortalecer la comunidad. Por eso, la Eucaristía no termina cuando salimos del templo. Continúa en la vida diaria: en la familia, en el trabajo, en la escuela y en cada encuentro. Allí donde hay diálogo, reconciliación y amor, Jesús sigue viviendo en nosotros y nosotros permanecemos en Él, haciendo posibles nuevas relaciones que sanan, unen y dan esperanza.

Se entona el canto: **Todos unidos formando un solo cuerpo**

5. CONTEMPLACIÓN

Magisterio de la Iglesia

La Eucaristía utiliza el trigo como elemento central para representar la entrega de Jesús y la unión de la comunidad. El trigo triturado para convertirse en harina simboliza su cuerpo "partido" y entregado por la humanidad para que permanezcamos en comunión mutua porque al comulgar, no solo recibimos a Dios, sino que entramos en un estado de habitación recíproca: nosotros en Él y Él en nosotros. La Eucaristía nos capacita y es la fuente que genera nuevas relaciones basadas en la comunión, la justicia y la fraternidad universal, para vivir la experiencia de *familia en el carisma*.

a- Comunión y unidad de la Iglesia. San Juan Pablo II, en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), enseña que "la Iglesia vive de la Eucaristía" (n. 1). En este sacramento se edifica y se manifiesta la Iglesia como misterio de comunión. La Eucaristía nos une en una sola familia, nos hace verdaderamente hermanos, fortalece los vínculos de caridad y nos impulsa a la reconciliación. Quien participa del mismo Pan aprende a mirar al otro no como extraño, sino como miembro del mismo Cuerpo de Cristo.

b- Generadora de justicia y solidaridad social. El Papa Benedicto XVI, en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis* (2007), subraya que la Eucaristía posee profundas implicaciones sociales (cf. nn. 88-92). La comunión con Cristo nos compromete a construir comunión entre nosotros. No es posible recibir el Cuerpo del Señor y permanecer indiferentes ante el sufrimiento del hermano. Quien se alimenta de la Eucaristía asume el compromiso de responder a los anhelos de justicia, de trabajar por la dignidad humana y de promover la solidaridad. La mesa del Señor se convierte así en escuela de caridad concreta y en fuerza que combate la indiferencia y el egoísmo.

c- Fraternidad universal. La Eucaristía es verdadera escuela de caridad y solidaridad. En ella aprendemos a reconocer a Cristo no solo bajo las especies del pan y del vino, sino también en cada persona, especialmente en los más pobres y heridos. El Papa Francisco, en la encíclica *Fratelli Tutti*, recuerda que estamos llamados a una fraternidad abierta que reconozca la dignidad de todo ser humano (cf. n. 1; 94). Esta vocación encuentra en la Eucaristía su fuente, porque en ella recibimos el Amor que se entrega sin límites y nos hace hermanos. Así, la comunión celebrada se convierte en comunión viva: el Pan partido nos

impulsa a salir de nosotros mismos y a construir, con gestos concretos, la verdadera fraternidad.

Espiritualidad Eucarística de Madre Caridad

Pensamiento:

“Todo por amor a Dios y como Él lo quiere”.

La vida de la Beata Madre Caridad Brader se comprende plenamente a la luz de una profunda unión con Jesús Eucaristía, vivida como permanencia, entrega y amor total. Su existencia fue una respuesta concreta a la Palabra del Señor: ***“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”*** (Jn 6,56). En ella, esta permanencia no fue solo espiritual, sino existencial; no se limitó a la adoración, sino que se hizo vida, misión y caridad.

Como lo expresa bellamente Sor Celina de la Dolorosa en el epitafio de su tumba, nuestra Madre fundadora descansa en Dios porque fue verdaderamente ***“custodia del Santísimo”***, no solo por su adoración constante, sino porque llevó a Jesús en su corazón y lo reflejó en cada gesto de su vida. ***Fue protectora de la niñez, medianera de los pobres y misionera incansable***, haciendo de su existencia una comunión viva con Cristo, que se traducía en cercanía, servicio y entrega generosa.

Toda su vida estuvo orientada por una convicción profunda que iluminaba cada decisión: ***“Todo por amor a Dios y como Él lo quiere”***. Este no fue un ideal lejano, sino el criterio concreto de su existencia. Amar a Dios por encima de todo, y hacerlo no según el propio querer, sino según la voluntad divina, la llevó a vivir en una actitud constante de disponibilidad, obediencia y donación.

Desde esta espiritualidad, la Eucaristía no fue para ella un momento aislado, sino el centro desde el cual brotaba su misión. Permanecer en Cristo la llevó a salir hacia los demás, a partirse, a multiplicarse en gestos de amor. En ella se hizo realidad el dinamismo eucarístico: lo que se adora se vive, y lo que se recibe se entrega.

Hoy, al concluir este camino formativo, comprendemos que no termina la experiencia, sino que comienza la misión. Ha llegado el tiempo de la cosecha, el tiempo de hacer vida lo que hemos contemplado. Así como la Madre Caridad sembró en silencio el amor a Jesús Eucaristía, también nosotros somos llamados a convertirnos en tierra fecunda donde Dios habita y actúa.

Nuestra vocación es continuar esta siembra, siendo puentes que unan a Dios con el hombre, llevando el amor de Cristo a todos los corazones. Permanecer en Él implica dar fruto, y ese fruto se hace visible en una vida que se parte, que se entrega y que se convierte en pan para los demás.

Así, la espiritualidad de la Madre Caridad nos conduce a una certeza profunda: quien vive todo por amor a Dios, y como Él lo quiere, hace de su vida una Eucaristía vivida.

6. CONFRONTACIÓN

Lectura de la Realidad. “De la comunión al compromiso: una Iglesia que camina como familia”. Vivimos en un tiempo marcado por profundas heridas. Las noticias que llegan cada día nos hablan de violencia, injusticia, guerras, pobreza, desplazamientos, rupturas familiares y pérdida del sentido de la dignidad humana. A esto se suma una cultura que muchas veces promueve el individualismo, el consumo sin medida y una vida centrada en lo superficial, dejando de lado lo esencial. En medio de este panorama, el corazón humano se fragmenta, las relaciones se debilitan y la esperanza parece apagarse.

Sin embargo, esta realidad no es nueva para la historia de la salvación. Jesús mismo contempló un mundo herido, marcado por la exclusión, el dolor y la injusticia, y no permaneció indiferente. Su respuesta no fue el rechazo, ni la huida, sino la entrega. Él quiso hacerse Pan, alimento que no solo sacia el hambre material, sino que ofrece vida plena y eterna (cf. Jn 6,51). En la Eucaristía encontramos, por tanto, no solo un sacramento para adorar, sino una respuesta concreta de Dios a las heridas de la humanidad.

La Eucaristía es el lugar donde se revela el verdadero sentido de la comunión. Al recibir a Cristo, no solo entramos en unión con Él, sino que somos incorporados a una relación nueva con los demás. La unión con Cristo es, al mismo tiempo, unión con los hermanos. Por eso, la experiencia eucarística no puede reducirse a un acto intimista o devocional; tiene una dimensión profundamente social. Nos capacita para construir relaciones distintas, más humanas, más fraternas, más evangélicas.

Desde esta perspectiva, la Congregación está llamada a responder a los desafíos del mundo no solo con acciones aisladas, sino desde una experiencia viva de comunión que se concreta en la Sinodalidad. Caminar juntos, escucharnos, reconocernos y construir comunidad no es una estrategia pastoral, sino una consecuencia directa de la Eucaristía vivida. Quien permanece en Cristo aprende a vivir con los otros, a cargar con sus heridas y a comprometerse con su dignidad.

Así nace la experiencia de *familia en el carisma*: una comunidad que no se cierra sobre sí misma, sino que se abre, que acoge, que integra, que sana y que reconstruye. En esta familia, nadie es extraño, nadie es descartado, porque todos son reconocidos como hijos amados de Dios. La fraternidad no se improvisa; se construye en el encuentro, en el servicio, en la reconciliación y en el compartir cotidiano. Nos volvemos “sagrarios vivientes”, portadores de Cristo en medio del mundo, llamados a transformar las relaciones, a sanar las heridas y a reconstruir el tejido humano desde el amor.

Esto implica también una nueva manera de mirar al otro. Así como nos arrodillamos ante Jesús Eucaristía reconociendo su presencia real, estamos llamados a reconocer y honrar esa misma presencia en cada hermano, especialmente en el más pobre, en el que sufre, en el que ha sido herido por la vida. Allí se verifica la autenticidad de nuestra fe.

En medio de un mundo herido, la Iglesia y particularmente la Congregación está llamada a ser signo de comunión, escuela de fraternidad y testimonio de una esperanza que

no defrauda. La Eucaristía nos forma para esto: para pasar del altar a la vida, de la adoración al servicio, de la fe a la caridad concreta.

Así, quien comulga y vive lo que celebra, se convierte en buena noticia, en portador de paz, en sembrador de confianza y en constructor de una humanidad nueva. Porque, en definitiva, la Eucaristía no solo se recibe: se vive, se comparte y se convierte en amor que transforma el mundo.

Pregunta orientadora para la reflexión

A la luz de la Eucaristía y de la realidad que vivimos, preguntémosnos

¿Cómo estoy llamado hoy a transformar mis relaciones y mi manera de vivir, para ser verdadero signo de comunión, esperanza y amor, construyendo familia en el carisma desde una experiencia sinodal?

7. COMPROMISO

“Amar como Cristo: del altar a la vida”. Después de haber contemplado a Jesús Eucaristía como fuente de nuevas relaciones, somos invitados a hacer del amor una decisión concreta que transforme nuestra vida y nuestra comunidad. Por eso, cada uno está llamado a asumir un compromiso sencillo pero real:

- **Compromiso personal:** transformar mis relaciones. Elige una relación concreta de tu vida que necesite ser sanada, fortalecida o renovada.
- **Compromiso comunitario:** vivir como *familia en el carisma*. Asume una acción concreta para construir comunión, cuyo objetivo es construir relaciones nuevas desde el amor
- **Compromiso misionero:** ser signo de amor en la realidad. Frente a la realidad social que vivimos, elige un gesto concreto para que el amor eucarístico se haga visible en un servicio.

8. ORACIÓN FINAL

Señor Jesús, venimos a Ti
con nuestras historias, búsquedas y heridas;
con la juventud inquieta y el cansancio del camino;
con esperanzas frágiles y un profundo deseo de comunión.
Tú nos hablas de permanecer: no de quedarnos inmóviles,
sino de habitar en Ti y dejar que Tú habites en nosotros.
Que la Eucaristía acorte distancias,
suavice miradas endurecidas, abra caminos de perdón
y haga posible la escucha sincera y la reconciliación.
Enséñanos a amar de un modo nuevo,
a cuidar al otro como don, a valorar la diferencia como riqueza
y a construir relaciones más auténticas y solidarias.
Te damos gracias por el testimonio de Madre Caridad,

custodia fiel del Santísimo,
Como ella, queremos descansar en Ti
y hacer de nuestra vida una siembra silenciosa de amor eucarístico.
Ha llegado el tiempo de la cosecha, Señor.
Haznos alimento para el pobre,
consuelo para el que sufre,
esperanza para el que está triste.
Quédate con nosotros, Pan de Vida. Amén.

